

biera sido perdido para nosotros, y por consiguiente, nos sería indiferente que hubiesen existido ó no. Los numerosos sistemas de filosofía, que han agotado todas las combinaciones posibles de nuestras ideas, y que, si no han extendido mucho los límites de nuestro espíritu, nos han enseñado al menos donde están fijados; esas obras maestras de elocuencia y poesía, que nos han revelado todos los caminos del corazón; las artes útiles ó agradables, que embellecen la vida; en fin, la inestimable tradición de los pensamientos y de las acciones de todos los grandes hombres, que han hecho la gloria ó la felicidad de sus semejantes: todas estas preciosas riquezas del espíritu hubiesen sido perdidas para siempre. Los siglos se habrían acumulado, las generaciones de los hombres se habrían sucedido como las de los animales, sin ningún fruto para la posteridad, y no habrían dejado tras sí más que un recuerdo confuso de su existencia. El mundo habría envejecido, y los hombres permanecerían en una eterna infancia.»

Supongamos á nuestra vez que un lacedemonio, penetrado de la fuerza de estas razones, hubiese querido exponerlas á sus compatriotas, y tratemos de imaginar el discurso que hubiera podido pronunciar en la plaza pública de Esparta: «Ciudadanos, abridlos ojos y salid de vuestra ceguera. Veo con dolor que no trabajáis más que para adquirir la virtud, ejercer vuestro valor y mantener vuestra libertad, y, sin embargo, olvidáis el deber más importante de entretener á los ociosos de las razas futuras. Decidme: ¿para qué puede ser buena la virtud, sino es para hacer ruido en el mundo? ¿De

qué os habrá servido ser buenos, si nadie hablará de vosotros? ¿Qué importará á los siglos venideros que os hayáis entregado á la muerte en las Termópilas, por la salvación de los atenienses, si no dejáis, como ellos, ni sistemas de filosofía, ni versos, ni comedias, ni estatuas (48)? Tratad, pues, de abandonar leyes, que no son buenas más que para haceros felices; no penséis más que en hacer hablar mucho de vosotros, cuando ya no existáis; y no olvidéis jamás que, si no se celebrara á los grandes hombres, sería inútil serlo.»

He aquí, según creo, lo que poco más ó menos hubiera podido decir el hipotético lacedemonio, si los eforos le hubiesen dejado acabar.

No es en este lugar solamente donde se nos advierte que la virtud no es buena más que para hacer hablar de sí. En otros, se nos ensalzan también los pensamientos del filósofo, porque son inmortales y están consagrados á la admiración de todos los siglos, «en tanto que los otros ven desaparecer sus ideas con el día, la circunstancia, el momento, que las ha visto nacer. En las tres cuartas partes de los hombres, el mañana borra el ayer, sin que de él quede la menor huella». ¡Ah, queda al menos alguna en el testimonio de la recta conciencia, en las desgracias que se han aliviado, en las buenas acciones que se han cumplido y en la memoria de ese Dios bienhechor á quien se ha servido en silencio! «Muerto ó vivo, decía Sócrates, el hombre de bien no es jamás olvidado de los dioses».

Se me responderá, tal vez, que no es de esa clase de pensamiento de las que se ha querido



hablar, y yo digo que todas las demás no vale la pena que de ellas se hable.

Es fácil comprender que, haciendo tan poco caso de Esparta, apenas se demuestre más estimación hacia los antiguos romanos. «Se persiste en creer que eran grandes hombres, aunque no hiciesen más que cosas pequeñas». Con este criterio, confieso que hace mucho tiempo que no se han hecho cosas grandes. Se reprocha á su temperancia y á su valor no haber sido verdaderas virtudes, sino cualidades forzadas (49). Sin embargo, unas páginas después se confiesa que Fabricio despreciaba el oro de Pirro, y no se puede ignorar que la historia romana está llena de ejemplos de la facilidad que hubiesen tenido para enriquecerse aquellos magistrados y aquellos guerreros venerables, que hacían tanto caso de su pobreza (50). En cuanto al valor, ¿no es sabido que la cobardía no oye razones y que un cobarde no deja de huir, aunque esté seguro de ser muerto en la fuga? Querer, dicen, invocar «en los grandes Estados las pequeñas virtudes de las pequeñas repúblicas, equivale á obligar á un hombre robusto y fuerte á balbucear en una cuna.» He aquí una frase que no debe ser nueva en las cortes. Hubiera sido muy digna de Tiberio ó de Catalina de Médicis, y no dudo que uno y otra hayan empleado á menudo frases parecidas.

No cabe imaginar que se mida la moral con un instrumento de agrimensor. Sin embargo, no podría decirse que la extensión de los Estados sea completamente indiferente á las costumbres de los ciudadanos. En verdad que, de haber alguna proporción entre ambas cosas, esta proporción no

sería inversa (51). He aquí una importante cuestión que meditar y creo que se la puede mirar como indecisa, á pesar del tono, más bien desdeñoso que filosófico, con el que se la trunca y escinde por el autor en dos palabras.

«Trátase, continúa, de una locura de Catón. Con el humor y los prejuicios, hereditarios en su familia, declamó toda su vida, y combatió y murió, sin haber hecho nada útil para su patria.» Yo no sé si no ha hecho nada por su patria, pero sé que ha hecho mucho por el género humano, dándole el espectáculo y el modelo de la virtud más pura que jamás haya existido. Ha enseñado á aquellos que aman sinceramente el verdadero honor á resistir á los vicios de su siglo y á detestar esa horrible máxima de las gentes á la moda, de *que es preciso hacer como los demás*, máxima con la cual irían lejos, sin duda, si tuviesen la desgracia de caer en alguna banda de salteadores. Nuestros descendientes sabrán un día que, en este siglo de sabios y de filósofos, el más virtuoso de los hombres ha sido tratado de loco, por no haber querido manchar su grande alma con los crímenes de sus contemporáneos y no haber querido ser un esceletrato con César y los otros bandidos de su tiempo.

Acabamos de ver cómo nuestros filósofos hablan de Catón. Vamos á ver cómo hablaban de él los antiguos filósofos. *Ecce spectaculum dignum ad quod respiciat intentus operi suo Deus: ecce par Deo dignum: vir fortis cum mala fortuna compositus. Non video, inquam, quid habeat in terris Jupiter pulchrius, si convertere animum velit, quam ut spectet Catonem, jam partibus*



*non semel fractis, nihilominus inter ruinas publicas erectum* (52).

He aquí lo que se nos dice también de los primeros romanos: «Admiro á los Bruto, los Decio, los Lucrecio, los Virginio, los Scévola...» Algo es algo en el siglo en que estamos. «Pero admiraría aún más un Estado poderoso y bien gobernado.» ¡Un Estado poderoso y bien gobernado! Yo también, ciertamente. «En que los ciudadanos no estuviesen condenados á virtudes tan crueles.» Entiendo: es más cómodo vivir en una constitución de cosas en que cada uno esté dispensado de ser hombre de bien. Pero si los ciudadanos de ese Estado que se admira, se encontrasen reducidos por alguna desgracia á renunciar á la virtud ó á practicar esas virtudes crueles, y tuviesen fuerza bastante para cumplir con su deber, ¿sería ello una razón para admirarlos menos?

Tomemos el ejemplo que subleva más á nuestro siglo, y examinemos la conducta de Bruto, soberano magistrado, haciendo matar á sus hijos que habían conspirado contra el Estado, en un momento crítico en que no faltaba casi nada para derribarlo. Es cierto que si él hubiese hecho gracia, su colega hubiese infaliblemente salvado á todos los demás complicados, y la república se habría perdido. ¿Qué importa? se me dirá. Puesto que esto es tan indiferente, supongamos que la república hubiese subsistido, y que, habiendo Bruto condenado á muerte á algún malhechor, el culpable le hubiese hablado así: «Cónsul, ¿por qué me mandas matar? ¿He hecho una cosa peor que traicionar á mi patria? ¿Y no soy también tu hijo?» Desearía yo

que se tomasen la molestia de decirme lo que Bruto hubiera podido responder.

Bruto, se me redarguirá, debió abdicar el consulado, antes que ordenar la muerte de sus hijos. Y yo replico que todo magistrado que en unas circunstancias tan peligrosas abandona el cuidado de la patria y abdica la magistratura, es un traidor, que merece la muerte.

No hay término medio: era preciso que Bruto fuera un infame, ó que las cabezas de Tito y de Tiberio cayesen por orden suya bajo el hacha de los lictores. No digo con esto que habría muchos que su resolución adoptasen.

Aunque mi adversario no se decida abiertamente por los últimos tiempos de Roma, deja, sin embargo, entender que los prefiere á los primeros, y le cuesta tanto ver grandes hombres á través de la sencillez de éstos, como me cuesta á mí ver gentes honradas á través de la pompa de los otros. Se opone Tito á Fabricio, pero se ha omitido esta diferencia: que en tiempo de Pirro todos los romanos eran Fabricios, mientras que bajo el reinado de Tito no había más hombre de bien que él (53). Olvidaré, si se quiere, las acciones heroicas de los primeros romanos y los crímenes de los últimos; pero lo que no podré olvidar es que la virtud era honrada por los unos y despreciada por los otros, y que cuando había coronas para los vencedores en los juegos del circo, no las había para aquel que salvaba la vida á un ciudadano. Por lo demás, no se crea que esto era particular á Roma. Hubo un tiempo en que la república de Atenas era lo bastante rica para gastar sumas in-



mensas en sus espectáculos y para pagar á muy alto precio á los autores, á los comediantes y aun á los espectadores, y este tiempo fué á la vez y precisamente aquél en que no se encontró dinero para defender el Estado contra las empresas de Filipo.

Mi adversario llega, al fin, á los pueblos modernos, y me guardaré de seguir los razonamientos que juzga oportuno hacer á este propósito. Observaré solamente que es una ventaja poco honrosa la que se procura, no refutando las razones del contraopinante, sino impidiéndole exponerlas.

No seguiré las reflexiones que se toma la molestia de hacer sobre el lujo, sobre la cortesía, sobre la admirable educación de nuestros hijos (54), sobre los métodos mejores para extender nuestros conocimientos, sobre la utilidad de las ciencias y el placer de las bellas artes y sobre otros puntos que no me conciernen, algunos de los cuales se refutan por sí mismos y los otros ya están refutados. Me contentaré con citar todavía algunos trozos tomados al acaso y que me parece necesitan aclaración. Es preciso que me limite á frases, en la imposibilidad de seguir razonamientos cuya hilación no he podido percibir.

Se pretende que las naciones ignorantes que han tenido «ideas de gloria y de virtud, son excepciones singularísimas, que no pueden formar ningún prejuicio contra las ciencias». Muy bien; pero todas las naciones sabias, con sus bellas ideas de gloria y de virtud, han siempre perdido el amor y la práctica de tales ideas. Esto carece de excepciones: pasemos á la prueba. «Para convencernos,

echemos una mirada sobre el inmenso continente de Africa, donde ningún mortal es bastante atrevido para penetrar ó bastante feliz para intentarlo impunemente». De modo que de que no hayamos podido penetrar en el continente de Africa, de que ignoremos lo que pasa en él, se nos hace deducir que allí los pueblos están cargados de vicios: unicamente si hubiésemos encontrado el medio de llevar allí los nuestros, sería posible sacar esta conclusión. Si yo fuese jefe de alguno de los pueblos de Nigricia, declaro que haría levantar en la frontera del país una horca donde haría colgar sin remisión al primer europeo que se atreviera á penetrar allí y al primer ciudadano que de allí tratara de salir (55). «América ofrece espectáculos no menos vergonzosos para la especie humana.» Sobre todo desde que los europeos penetraron en ella. «Se contarán cien pueblos bárbaros ó salvajes en la ignorancia por uno solo virtuoso». Sea: se contará al menos uno; pero pueblo virtuoso y que cultive las ciencias, no se ha visto jamás. «La tierra abandonada y sin cultivo no está ociosa: produce venenos y alimenta monstruos». He aquí lo que comienza á hacer en los lugares donde el gusto de las artes frívolas ha hecho abandonar el de la agricultura. Nuestra alma, podría decirse también, no está ociosa cuando la virtud la abandona: produce ficciones, novelas, sátiras, versos, y alimenta vicios.

«Si los bárbaros han hecho conquistas, es que eran muy injustos.» ¿Qué éramos, pues, pregunto, cuando hicimos esa conquista de América que tanto se admira? ¡Ah, es que las gentes que tie-



nen cañones, cartas marinas y brújulas, no pueden cometer injusticias! ¿Se me dirá que el acontecimiento demuestra el valor de los conquistadores? No: solamente demuestra su astucia y su habilidad. Demuestra que un hombre diestro y sutil puede conseguir por medio de su industria éxitos que un hombre valiente no espera más que de su valor. Hablemos sin parcialidad. ¿A quién juzgaremos más valeroso, al odioso Hernán Cortés, subyugando á Méjico á fuerza de pólvora, de perfidias y de traiciones, ó al infortunado Guatimozin colocado por honrados europeos sobre carbones encendidos, para obligarle, por el tormento á descubrir el escondite de sus tesoros, animando á uno de sus oficiales, á quien el mismo tratamiento arrancaba algunas quejas, y diciéndole con orgullo: «Y yo ¿estoy sobre rosas?»

«Pretender que las ciencias han nacido de la ociosidad, es abusar visiblemente de los términos: nacen del descanso, pero garantizan de la ociosidad». De suerte que un hombre que se entretuviera á la orilla de un gran camino en disparar sobre los viandantes podría decirse que ocupaba su descanso en garantizarse de la ociosidad. Yo no entiendo esta distinción de la ociosidad y del descanso, pero sé ciertamente que ningún hombre honrado puede nunca vanagloriarse de tener tiempo libre, habiendo tanto que hacer, una patria que servir, desgraciados que aliviar, y desafío á que se me demuestre en mis principios ningún sentido honrado de que la palabra *descanso* pueda ser susceptible. «El ciudadano á quien sus necesidades atan al arado, no está más ocupado que

el geómetra ó el anatomista». Ni más que el niño que hace un castillo de naipes, pero más útilmente. «So pretexto de que el pan es necesario, ¿lo será también que todo el mundo se dedique á labrar la tierra?» ¿Por qué no? Yo prefiero ver á los hombres haciendo brotar la yerba en los campos, que devorándose unos á otros en las ciudades. Es verdad que tal como yo los pido se asemejarían mucho á bestias y que tal como son se asemejan mucho á hombres.

«El estado de ignorancia constituye un estado de temor y de penuria, en el cual todo es peligro para nuestra fragilidad. La muerte se cierne sobre nuestras cabezas, y está oculta en la yerba que hollamos con los pies. Cuando se tiene miedo á una carencia de todo, ¿puede concebirse disposición más razonable que la de querer conocerlo todo?» Basta considerar las inquietudes continuas de los médicos y de los cirujanos sobre su vida y sobre su salud, para saber si los conocimientos sirven para asegurarnos sobre nuestros peligros. Como ellos nos descubren siempre mucho más que medios de garantírnos de tales peligros, es una maravilla si no hacen más que aumentar nuestros alarmas y convertirnos en pusilánimes. Los animales viven sobre todo eso en una seguridad profunda, y no se encuentran peor. Una ternera no tiene necesidad de estudiar botánica para escoger su heno, y el lobo devora su presa sin pensar en la indigestión. Para responder á esto, ¿habrá que atreverse á tomar el partido del instinto contra la razón? He aquí precisamente lo que pregunto.

«Parece, dicen, que hay demasiados labradores,



y que se teme falten filósofos. Preguntaré á mi vez si se teme que á las profesiones lucrativas les falten sujetos para ejercerlas. Sería esto conocer bien mal el imperio de la avaricia. Todo nos conduce desde nuestra infancia á encontrar condiciones útiles. ¡Y cuántos prejuicios no hay que vencer, qué valor no se necesita, para atreverse á no ser más que un Descartes, un Newton, un Locket!

Leibnitz y Newton murieron colmados de bienes y de honores, y merecían más aún. ¿Diremos que fué por moderación por lo que no fueron educados para el arado? Conozco bastante el imperio de avaricia para saber que todo nos conduce á las profesiones lucrativas, y he aquí por qué digo que todo nos aleja de las profesiones útiles. Un Hébert, un Lafrenaye, un Dulac, un Martin, ganan más dinero en un día que todos los labradores de una provincia en un mes. Podría yo proponer un problema bastante singular sobre el pasaje que me ocupa actualmente, problema que consistiría en adivinar (quitando las dos primeras líneas y leyéndolo aislado) si está sacado de mis escritos ó de los de mis adversarios.

«Los buenos libros son la única defensa de los espíritus débiles, es decir, de las tres cuartas partes de los hombres, contra el contagio del ejemplo.» En primer lugar, los sabios no harán tantos libros buenos como ejemplos malos dan. En segundo lugar, habrá siempre más libros malos que buenos. En tercer lugar, las mejores guías que las personas honradas pueden tener, son la razón y la conciencia. *Paucis est opus litteris ad mentem bonam.* En cuanto á aquellos que tienen el espíri-

tu ó la conciencia endurecida, jamás pueden ser buenos para nada. En fin, para cualquier hombre que sea, no hay más libros necesarios que los de religión, los únicos que jamás he condenado.

«Se pretende hacernos sentir la nostalgia de la educación de los persas.» Observemos que es Platón quien pretende esto. He creído que podía servirme de salvaguardia la autoridad de este filósofo, pero veo que nada me puede garantir de la animosidad de mis adversarios (*vos Rutulusve fuat*) á quienes agrada más atravesarse uno á otro que darme el menor cuartel y se hacen más daño á ellos mismos que á mí (56). «Aquella educación, dicen, estaba fundada sobre principios bárbaros, porque se daba un maestro para el ejercicio de cada virtud, aunque la virtud sea indivisible; de lo que se trata es de inspirarla, y no de enseñarla; de hacer amar su práctica, y no de demostrar su teoría.» ¡Qué de cosas se podrían responder! Pero no hay necesidad de hacer al lector la injuria de decirlo todo. Me contentaré con dos observaciones. La primera es que aquél que quiere educar á un niño, no comienza por decirle que es preciso practicar la virtud, porque no sería entendido, sino que le enseña primeramente á ser veraz, y después á ser temperante, y después valeroso, etc., y al fin le enseña que la reunión de estas cosas se llama virtud. La segunda es que nosotros nos contentamos con demostrar su teoría, pero los persas aprendían su práctica.

«Todos los reproches que se hacen á la filosofía, atacan al espíritu humano.» Convenido. «O mejor, al autor de la naturaleza, que nos hizo tales como



somos.» Si nos ha hecho filósofos, ¿á qué bueno tomarnos tanta molestia en conseguirlo? «Los filósofos son hombres, y de que se engañen no debemos admirarnos.» De que no se engañasen es de lo que sería preciso admirarse. «Compadezcámonos, aprovechémonos de sus faltas y corrijámonos.» Sí, corrijámonos y no filosofemos más. «Mil caminos conducen al error: uno sólo lleva á la verdad.» He aquí precisamente lo que yo decía. «¿Hemos de sorprendernos de que este principio haya sido descubierto tan tarde?» ¡Ah, por fin lo hemos encontrado!

«Se nos opone un juicio de Sócrates, que se dirige, no á los sabios, sino á los sofistas, y versa, no sobre las ciencias, sino sobre el abuso que de ellas se puede hacer.» ¿Qué más pedir de quien sostuvo que todas nuestras ciencias no son más que abusos y todos nuestros sabios verdaderos sofistas? «Sócrates era jefe de una secta que enseñaba á dudar.» Yo perdería bastante de mi veneración hacia Sócrates, si creyera que había sentido la tanta vanidad de querer ser jefe de secta. «Y censuraba con justicia á los que pretendían saberlo todo.» Es decir, el orgullo de todos los sabios. «La verdadera ciencia está bien lejos de esta afectación.» Es verdad, pero de la nuestra es de la que yo hablo. «Sócrates es aquí testigo contra sí mismo.» Esto me parece difícil de entender. «El más sabio de los griegos no se ruborizaba de su ignorancia.» El más sabio de los griegos no sabía nada, según su confesión propia: sacad la conclusión para los demás. «Las ciencias no tienen, pues, su origen en nuestros vicios.» Lo tienen. «No han nacido to-

das del orgullo humano.» Ya expuse mi sentir más arriba. «Declamación vana que no puede ilusionar más que á espíritus prevenidos.» No sé responder á esto.

Hablando de los límites del lujo, se pretende que no conviene razonar sobre esta materia del pasado al presente. «Cuando los hombres andaban completamente desnudos, al primero que se le ocurrió llevar zuecos, pasó por un voluptuoso: en todos los siglos se ha declamado contra la corrupción, sin comprender lo que se quería decir.»

Es cierto que hasta ahora el lujo, aunque reinó á menudo, había por lo menos sido mirado, en todos los lugares y tiempos, como el origen funesto de una infinidad de males. Estaba reservado á Melon ser el primero en publicar la envenenada doctrina (57) opuesta, cuya novedad le ha conquistado más sectarios que la solidez de sus razones. No temo combatir yo solo en mi siglo estas máximas odiosas que no tienden más que á destruir y á envilecer la virtud, y á hacer ricos y miserables, es decir, hombres eternamente malos.

Han creído embarazarme mucho, preguntándome hasta qué punto es preciso limitar el lujo. Mi sentir es que no hace falta lujo alguno. Todo es origen de mal cuando va más allá de la necesidad física. La naturaleza nos da demasiadas necesidades, y es por lo menos una gran imprudencia multiplicarlas sin motivo, y poner así el alma en mayor dependencia. Por esto no le faltaba razón á Sócrates cuando, mirando el escaparate de una tienda, se felicitaba de no tener nada que hacer con todo aquello. Hay ciento que apostar contra



uno á que el primero que llevó zuecos era un hombre reprehensible, á menos que tuviese los pies malos. En cuanto á nosotros, estamos demasiado obligados á tener zapatos, para no creernos dispensados de tener virtud.

Ya he dicho, además, que no me proponía trastornar la sociedad actual, quemar las bibliotecas y todos los libros, destruir los colegios y las academias; y debo añadir aquí que no me propongo reducir á los hombres á contentarse con lo estrictamente necesario. Comprendo bien que no hay que formar el quimérico proyecto de hacer gentes honradas; pero me creo obligado á decir sin disfraz lo que se me ha preguntado. He visto y tratado de buscar las causas; otros más atrevidos ó más insensatos podrán buscar el remedio.

Me canso y dejo la pluma para no volver á tomarla en esta demasiado larga polémica. Sé que un gran número de autores (58) están ocupados en refutarme, y siento no poder responder á todos, pero creo haber demostrado á aquellos que escogí (59) para esto, que no es el temor lo que me retiene respecto á los otros.

Traté de elevar un monumento que no debiese al arte su fuerza y su solidez: la verdad sola, á quien lo he consagrado, tiene derecho á hacerlo inquebrantable, y si rechazo una vez más los golpes que se le dan, es más para honrarme á mí, defendiéndolo, que para prestarle un auxilio de que no necesita.

Séame permitido protestar, llegado al término de mi labor, de que el solo amor á la humanidad y á la virtud me hizo romper el silencio, y que la

amargura de mis invectivas contra los vicios de que soy testigo, no nace más que del dolor que me inspiran y del deseo ardiente que tengo de ver á los hombres más felices y, sobre todo, más dignos de serlo.